

ALBERTO SÁNCHEZ

En Gerardo Diego tuve el mejor maestro que se puede tener en la enseñanza.

De nuestra redacción



Alberto Sánchez es catedrático de lengua y literatura españolas en el Instituto de Bachillerato «Cervantes» de Madrid, y uno de los más destacados cervantistas del mundo. Nació en 1915, y en su ya dilatada vida docente y de investigador ha dejado una profunda huella, a través de sus clases, conferencias y escritos. La redacción de esta *Nueva revista de enseñanzas medias* le pidió una entrevista, y nos citó a las cuatro de la tarde del día 25 de enero. Alberto Sánchez vive en la calle de Alcalá, en la zona de Ventas. Es un hombre menudo y afable. Tiene una media calva y el pelo casi negro. En su gesto, de fácil sonrisa, cuesta trabajo adivinar la expresión de los ojos, que ocultan unas gafas oscuras. Por encima de la montura asoman las cejas, como acentos circunflejos (quizá como interrogaciones). Nos invita a sentarnos en torno a una mesa redonda, en un comedor soleado. Hay en la habitación un piano, una librería, unos sillones y una gata blanca, mansa, delicada como una «geisa» que nos mira desapasionadamente mientras vamos instalando el magnetófono y preparando la cámara fotográfica.

DE CÓMO UN CERVANTISTA LLEGÓ A CATEDRÁTICO DEL «CERVANTES»

—*Yo siempre me ha preguntado si es causal que D. Alberto Sánchez sea catedrático del «Cervantes».*

—Vamos, se le ha ayudado a la casualidad. Yo fui destinado a Reus cuando ingresé en el cuerpo de catedráticos.

—*¿Cuándo fue eso, si no es indiscreción?*

—Hice varias oposiciones. Ésa es la «prehistoria» de mi actuación. En el año cuarenta y tres ingresé por oposición en el profesorado que se llamaba entonces «adjuntos temporales», y que se nombraban por cinco años prorrogables por otros cinco. En las primeras oposiciones que hubo de adjuntos, que fueron las del cuarenta y tres, ingresé yo. Me dieron el número uno y elegí el «Beatriz Galindo», que era la única plaza que había en Madrid. Empecé con Gerardo Diego, que estaba allí como profesor y era muy querido por las alumnas. Un poco exigente, pero excelentísimo profesor. De manera que yo tuve en él el mejor maestro que se puede tener en la enseñanza. Estuve con él un curso, el 43-44, y luego en el 44 salieron oposi-

ciones a cátedra. Seis plazas. Me presenté, tuve suerte y tomé posesión en el 45 como catedrático en Reus. Una experiencia curiosa. Yo llegaba de Madrid y me encuentro allí unos carteles enormes que decían: «si eres español, habla español, la lengua del Imperio». Pero allí todo el mundo hablaba en catalán y te decían: «sí, claro, eso lo han enviado desde Madrid». Les llamó la atención porque al comienzo me hablaban en catalán, así, despacito; pero yo soy valenciano y desde pequeño he oído hablar valenciano, aunque de una zona que no lo habla, vamos, habla una mezcla, en Cheste. Y además yo había estudiado en el Instituto de Valencia y en la Universidad. El caso es que allí caí bien, y estuve dos años, del 45 al 47. En el año 47 quedó vacante, por jubilación de Rogelio Sánchez, que era una institución en lengua, la plaza del «San Isidro» de Madrid. En Madrid entonces sólo había siete institutos. Por consiguiente, las posibilidades de que un catedrático recién ingresado como yo llegase a Madrid no eran muchas. Sólo hubiera podido llegar muy viejo. Entonces se llevaba muy riguroso el turno: oposición libre, concurso de traslados. Tocaba oposición libre. Se convocó y vine a esas oposiciones.

—*O sea, que una nueva oposición.*

—La tercera ya, sí. La primera a adjunto, la segunda en Reus y la tercera para el San Isidro. Aunque era libre firmaron muchos catedráticos. Nombres muy conocidos, como Blecua, Díaz Plaja, etc. Pero a última hora no nos presentamos nada más que cinco o seis. Y cuando salió el primer ejercicio que eran dos temas a suerte para desarrollar por escrito sin más elección, se produjo la desbandada general.

—*¿Qué temas eran?*

—Los temas 10 y 11 del programa: «Geografía lingüística de la Península Ibérica en el siglo XI» y «El leonés y el aragonés antiguo».

—*Muy filológico el programa ¿no?*

—Sí, por supuesto. Y además, entonces salía veinte días antes del primer ejercicio. Pues bien, entre los cinco que llegamos al final, estaba el catedrático del Instituto «Cervantes» de Madrid, D. Juan Antonio Tamayo Rubio, que era también profesor de la universidad y al que yo conocía por sus libros. Entonces él nos reunió a los que quedábamos y nos dijo que comprendía que quisiéramos venir a Madrid, y que no pensaba desplazar a ningún compañero que viniera de fuera. Entonces nos propuso que él seguiría hasta el final de la oposición, y si viera alguien que iba a salir, le ofrecía el Instituto «Cervantes», porque a él le interesaba el «San Isidro», o ir a la lucha completa. Quedamos de acuerdo. A mí, concretamente, me atraía la idea de irme al «Cervantes». Sin embargo, al llegar al último ejercicio, Tamayo presentó una carta al tribunal diciendo que, pese al interés que tenía en ocupar la cátedra del «San Isidro», cátedra que habían ocupado Navarro Ledesma y Rogerio Sánchez, consideraba que ya había hecho bastante

esfuerzo y que se retiraba para dar paso a cualquier compañero. Entonces, retirado ya él, quedábamos cuatro y el tribunal me dio todos los votos a mí. Sin embargo, en el mismo acto de toma de posesión, hice la permuta con Tamayo. Yo me vine a Madrid, que era lo que me interesaba, y él al «San Isidro». Desde entonces sigo en el «Cervantes». Esto fue en el año 47.

EN DONDE SE TRATA DE UN INSTITUTO ANDARIEGO Y DE UNA REVISTA DURADERA

—*¿El Instituto «Cervantes» estaba donde está ahora?*

—No, el «Cervantes» ha estado en tres sitios diferentes. Por cierto, que a propósito del cincuentenario, hemos hecho un volumen conmemorativo (*Alberto Sánchez se levanta y va a buscarlo a otro cuarto. Nos entrega un grueso tomo, y mientras lo ojeamos nos sigue contando sobre los avatares de su Instituto*). En el año 47 el Instituto «Cervantes» estaba en la calle Prim, n.º 3, detrás del Ministerio del Ejército. Allí había un hotelito de tres plantas, rodeado de jardines, donde hoy han levantado ese mamotreto que es el edificio de la ONCE. Desde allí les escribí a mis compañeros de Reus diciéndoles que espiritualmente me sentía cerca de ellos, porque al fin y al cabo estaba en la calle Prim, que era de Reus. Con la particularidad de que, de allí nos fuimos a la calle de Fortuny, pintor catalán, de Reus también. Este edificio había sido la sede del Colegio Alemán, pero al terminar la segunda guerra mundial los aliados se quedaron con los edi-



ficios alemanes en Madrid. Allí estuvimos hasta el sesenta, en que nos trasladamos a donde estamos ahora, que es en Embajadores, en lo que fue la Escuela de Veterinaria en otro tiempo.

—*De Reus a lo más castizo de Madrid.*

—A Lavapiés, la calle de Tribulete, el Portillo de Embajadores... En mi seminario del «Cervantes» yo he venido a heredar —aunque no hay documentación exacta— la mesa de Godoy. Quizá por eso el seminario de literatura tiene también una magnífica alfombra, porque «a tal señor, tal honor». Allí está también la redacción de la revista *El ingenioso hidalgo*, que se fundó al llegar a esa casa y que tiene ahora ventitrés años de vida.

—*Sobre eso tenemos que hablar. Es un caso excepcional en las revistas de institutos.*

—Sí, efectivamente es un caso excepcional. Revistas de institutos hay muchas, pero quizá ésta sea la que ha tenido más continuidad, sacando tres números anuales durante todo este período, aunque desde hace tres años, por el coste del papel y de impresión salen dos números solamente.

—*¿Cuál ha sido el papel de D. Alberto Sánchez en esta continuidad?*

—Yo soy uno de los fundadores. El fundador, realmente, fue el entonces director del Instituto, D. Francisco Sánchez Faba, catedrático de ciencias naturales. El primer título que se nos ocurrió fue *Cervantes*, pero ese nombre ya estaba registrado en la Dirección General de Prensa. El primer número, que sólo se repartió entre nosotros, salió con el nombre de *Cervantes*, pero luego ya el segundo se llamó *El ingenioso hidalgo*. Aunque se barajaron distintos nombres, como *Clavileño*, *Dulcinea*, etc. Este último hubiera quedado muy bien en caso de haber sido femenino el Instituto.

En este momento la gata se sube al piano. D. Alberto Sánchez se levanta y la coge con delicadeza: «Bueno, gatita, no interrumpas, venga...»

Se le puso *El ingenioso hidalgo* porque la hidalguía siempre va bien y el ingenio más aún en un centro escolar. Salió, pues, con el nombre de *El ingenioso hidalgo* el segundo número que en realidad era otra vez el número 1. Y hasta ahora, que va a salir el 61 que está en prensa.

EN DONDE NOS ENTERAMOS DE LOS ESTUDIOS E INTERESES INTELLECTUALES DE NUESTRO ENTREVISTADO

—*¿Cervantes ocupa todo su tiempo libre?*

—En efecto. Yo llevo la revista *Anales cervantinos* del C.S.I.C. y ahora, también, soy del Editor's Advisor Council en la revista *Cervantes* que es el *Bulletin of the Cervantes Society of America*. Esta-

mos en este Consejo Asesor Canavaggio por Francia, Rilley por la Gran Bretaña y Avalor Arce y yo por España. Canavaggio es de la Universidad de Caen, muy amigo mío desde hace años. Me envía todo lo que escribe y yo a él lo mismo. Rilley es catedrático en Edimburgo y yo —*Alberto Sánchez serie*— del Instituto «Cervantes». El director de la publicación es Allen, profesor de la Universidad de Florida.

—*Eso es significativo, que haya un profesor de enseñanza media entre los cervantistas más importantes del mundo.*

—Pues sí, desde luego. También he colaborado en la *Suma cervantina* de Londres, que se publicó en el año 73. Es curioso que, como la ordenación de los trabajos es temática, no alfabética, yo figuro el primero porque el mío trataba de la biografía de Cervantes. A todos los que colaboraron en este número los he conocido o en Vermont en EE.UU., o en las «Cervantes lectures» de la Universidad de Fordham de Nueva York.

—*Además de Cervantes, ¿qué otros temas apasionan a Alberto Sánchez?*

—He trabajado también, claro está, sobre otros autores, por ejemplo Quevedo. De Quevedo hice en Ediciones Castilla un libro en el que se recoge su prosa festiva. Allí, entre obras más extensas, como *La hora de todos y la fortuna con seso*, van también premáticas, *Cartas del caballero de la Tenaza*, *La Perinola*, *La culta latiniparla*, etc. Es una edición con muchas notas por las que Crosby, que es uno de los grandes quevedistas americanos, me incluyó en la bibliografía fundamental sobre Quevedo. Dámaso Alonso, con quien he mantenido siempre buena amistad, me encargó el *Quijote* de Noguera, que anda por ahí, y que seguramente conocerán. Y en el centenario de Góngora me encargó que hiciese algo: entonces toqué un aspecto poco conocido que es el humor en Góngora. Eso salió en el número extraordinario que publicó la *Revista de filología española* en el año 1962. He seguido trabajando sobre Quevedo, en un estudio sobre el romance *El testamento de D. Quijote*, a propósito del que creo haber demostrado que no tiene nada que ver con la segunda parte del *Quijote*, sino que únicamente está basado sobre la primera. También sobre Quevedo, y para la *Revista de educación*, hice un trabajo. Cuando se le ocurrió al Ministerio —y eso fue el descubrimiento del Mediterráneo— que había que comentar textos literarios en los institutos (cosa que todos los profesores conscientes habían hecho, desde mucho antes de la guerra), me encargaron que hiciese en el menor tiempo posible un comentario. Yo comenté el soneto «Érase un hombre a una nariz pegado», oponiéndome a la interpretación del último verso tal como venía haciéndose en las literaturas corrientes, por ejemplo, la que estaba entonces de moda, que era la de Valbuena.

QUE TRATA DE ESCARCEOS FILOLÓGICOS Y OTRAS COSAS CURIOSAS

—Valvueda —continúa Alberto Sánchez— decía sobre el último verso («nariz tan fiera / que en la cara de Anás fuera delito») que la «a» era negación y «nas» nariz. Según esto, significaría que en la cara del sin-nariz fuera delito. Pues bien, no hay ningún ejemplo de palabra formada con un prefijo griego y una raíz latina, como en este caso, antes del siglo XIX. La primera palabra híbrida grecolatina registrada es *sociología*, y es muy moderna. Mi interpretación es que la palabra había que entenderla sólo como latina. *Anás* es «ad» «nasum» igual que *ad/ventura* da *aventura*. *Adnasum* —Anás— quería decir nariz sobre nariz, albarda sobre albarda. Quevedo llega a la conclusión de que aún en el individuo autorizado a tener doble nariz, fuera delito. (*Alberto Sánchez se sonríe. Hace una pausa.*)

También he trabajado sobre Antonio Machado, la poesía sevillana. Estas navidades he hecho una edición facsímil de *El patrañuelo* de Timoneda, en Espasa-Calpe. Ya había hecho otra, por cierto, en Clásicos Castilla. Este año se cumple el cuatricentenario de la muerte de Timoneda que fue en Valencia, en 1583. El facsímil es de la edición de 1567, al que he hecho un estudio preliminar, así que es el segundo *Patrañuelo* mío que sale...

—Quizá por razón del paisanaje.

—Sí, es posible. Además, como Cervantes ha hablado muchas veces de Timoneda, a mi me ha sido simpático. Lo malo es que al poner yo en el prólogo las citas de Cervantes sobre Timoneda, en una de ellas en verso, del *Viaje del Parnaso*, me han puesto una errata atroz. Yo no corregí pruebas, y donde Cervantes decía *ingenio* han puesto *ingeniero*, además en un endecasílabo, con lo que, aparte de destrozarse el verso, han hecho decir a Cervantes una palabra que no conocía. Las erratas son una plaga. Pero qué se le va a hacer, son gajes del oficio.

SOBRE LOS PLANES DE ESTUDIO Y OTROS ENTUERTOS Y DESCALABROS

—Otra de las cuestiones que tratamos aquí es: ¿Cómo explica el Quijote un consumado especialista en Cervantes? Porque D. Alberto Sánchez da tercero ¿no?

—Sí, sí, doy tercero y doy C.O.U. Yo no tengo la dedicación exclusiva, sólo la plena: un grupo de tercero y dos de COU. Yo creía que la literatura la elegirían porque les gustaba; pero la suelen elegir por eliminación de otras que creen más difíciles, como griego o física. Luego se encuentran con que



la literatura no es tan fácil. Pues sí, en 3.º llevo varios años explicando el *Quijote*. Y claro, es difícil, porque el *Quijote* es muy extenso. Yo no soy partidario de hacer una selección, que es lo que me recomendaba Blecuca. Teniendo las ideas centrales, luego se puede elegir capítulos. Pero yo no soy partidario de eso.

Alberto Sánchez queda en silencio. Cuando esperamos que, tras su reflexión, nos diga de qué es partidario, el discurso va por otros derroteros. Se trata, como veremos, de una asociación de ideas inevitable.

Con estos planes de bachillerato es difícil. Yo he visto muchos planes. He tenido que estudiar o explicar la friolera de ocho o diez distintos. Empecé a estudiar con el plan del año 1903, me cogió la reforma del plan Callejo, luego vuelta al plan del 3. Y después el plan del 34, que era el de la República, luego el del 38 que era el de Sainz Rodríguez; y más tarde el del 53, y en ése me tocó estar entre los elaboradores, con Lázaro Carreter, Dámaso Alonso y unos cuantos. Y por último el del 69, el de Villar Palasí, que es de donde salió el actual «bachillerito». Yo creo que lo que falla en este plan es que al pasar de un grado a otro, sin solución de continuidad, no se evalúan de modo suficiente los alumnos. Antes teníamos un examen de ingreso, en que se evaluaba hasta qué punto un niño sabía leer o escribir o hacer algún número. Ahora, no. Ahora pueden llegar al final del bachiller gentes que no saben leer bien, es decir, que leen sin entender y sin matizar. Y escribir tampoco. Conocen las letras, pero no puntúan, no ponen un acento, la ortografía les trae sin cuidado. En fin, yo lo noto sobre todo en la redacción. Hay

chicos que tienen una facilidad innata, que tienen gracia para escribir. Pero aparte de eso, hay una serie de conocimientos sintácticos que también se adquieren aun sin saber sintaxis por la mucha lectura. Pero ahora, sin mucha lectura, sin sintaxis casi en absoluto, gradualmente se nota que si antes había un quince por ciento que escribía bien, un veinte por ciento regular y el resto mal, ahora es el noventa por ciento el que escribe mal. Y el diez que queda, un cinco por ciento escribe regular y sólo un cinco por ciento lo hace bien; son esos dotados naturalmente de la gracia de escribir.

—*Yo me pregunto si el remedio —si es que existe— está en cuidar la coordinación con la primera etapa, con la EGB, o por el contrario si es un problema puro y estricto de selección.*

ACERCA DE LAS BONDADES DE UN PLAN CÍCLICO

—Pienso que deberían ser las dos cosas. Para mí, de todos estos planes que he dicho, el mejor, con mucha diferencia de todos los que han venido luego, fue el de la República del año 34, siendo Filiberto Villalobos el Ministro de Instrucción Pública.

—*¿Cuáles eran las directrices?*

—Es el primer plan de carácter cíclico en todas las materias. Había siete cursos de lengua y literatura. El séptimo se dedicaba ya a la gramática histórica. 1.º, 2.º y 3.º eran en realidad una ordenación cíclica de aspectos básicos de lengua. Había poca gramática pero mucha práctica y ejercicios, de escritura, de redacciones, de composiciones, de lecturas comentadas oralmente por el profesor. Y a partir de 4.º curso se empezaba con lo que pudiéramos llamar estudios literarios propiamente, pero siguiendo una orientación lingüística. Y a partir de 5.º se empezaba con la literatura, que se repartía entre 5.º y 6.º y parte del 7.º Y en 7.º la última parte de la literatura se explicaba con gramática histórica. Como había además tres cursos de latín, en 7.º los alumnos ya tenían bastante fundamento.

—*¿Cómo era ese reparto de la historia literaria, por épocas o se reiteraba en cada ocasión profundizando?*

—No, no, era por épocas efectivamente, por períodos. Luego Dámaso es el que introdujo en la reforma del año 53 lo de repetir ampliando en cada período (en el año 38 se imitó muy malamente lo del 34, aunque tenía también siete cursos). En definitiva, lo que yo entiendo es que la lengua y literatura no pueden dejar de estar en ningún curso.

—*Ésa, al menos, es la opinión de cuantos estamos en la enseñanza de esta asignatura.*

—Claro, la lengua es algo instrumental. La lengua la hablamos todos. Y se va deteriorando. Yo hago notar a mis alumnos cómo, por ejemplo en

televisión, no es extraño oír, incluso a personalidades, expresiones como el famoso «pienso de que...» Es un grave dislate. El verbo pensar no admite esa construcción.

QUE TRATA DE LAS DESCOMUNALES BATALLAS QUE MANTIENEN NUESTROS ESTUDIANTES CON LA GRAMÁTICA

—*¿No cree D. Alberto que falta un poco más de gramática normativa?*

—Lo que pasa es que a nosotros nos ha tocado también la revolución de la lingüística. Lo mismo que los matemáticos un día lanzaron su matemática moderna, aunque ahora parece que están replegando velas, pues aquí se lanzó el estructuralismo gramatical. Y en este momento, por ejemplo, tomamos la gramática de Marcos Marín, la de Seco, etcétera, y nos encontramos con una diferencia terminológica grande. Hoy se habla de «pleremas», «plerematemas», etc.

—*Efectivamente, esto es una verdadera jungla.*

—Sí, es una jungla. Y lo malo es que los alumnos no llegan a dominar esto y encima siguen cometiendo faltas de ortografía. Ahora hay ocho cursos de educación general básica en los que teóricamente hay lengua en todos. Pues bien, el jovencito que con esos cursos de EGB llega al bachillerato —hablo en general, claro; hay muchas excepciones— viene peor, nominalmente, que el jovencito que venía antes a los diez, que no tenía más que cuatro de primaria. Y a veces sólo tres. Pero sabían que para empezar el otro grado de enseñanza se necesitaba un mínimo.

Hoy los niños no saben leer —aunque sepan unir las letras— ya no se hace la lectura en voz alta que se hacía antes en las escuelas.

—*Ése es uno de los desafíos que tiene la reforma que dicen que viene...*

—En el «bachillerito» (*Alberto Sánchez sigue desarrollando su idea*) hay un primer curso de lengua, y se acabó ya. Es decir, en segundo se ha puesto un programa amplísimo, porque se supone que con el segundo acaban todos sus estudios de literatura, pues, claro, en tercero es optativa ya...

EN DONDE SE ANALIZAN LAS RELACIONES DE LENGUA Y LITERATURA Y OTRAS AÑORANZAS

—*¿Cuál puede ser entonces, la relación de la lengua y la literatura en las enseñanzas medias? Porque la lengua, por supuesto no es exclusiva del bachillerato. También en formación profesional,*

por ejemplo en secretariado, es esencial que sepan manejar con corrección la lengua.

—Claro, y que se aprenda a escribir desde la propia espontaneidad. El que hace un ejercicio escrito por lo que recuerde de memoria, puede hacerlo de modo que sea difícil encontrar dos palabras seguidas con sentido. El plan que cité antes, de Filiberto Villalobos, es el que a mi juicio organizaba mejor esta mezcla de lengua y literatura. Desde primer curso se daban nociones de lengua y a la vez lecturas, que iban muy matizadas. Se mezclaban prosistas modernos, por ejemplo, con muestras de los romances más sencillos del XV. En esta selección se actuaba con mucha seriedad. En la comisión para elegir estas lecturas, por cierto, estuvo Antonio Machado. Se empezaba con antologías y luego se pasaba a libros completos.

—*Entonces la literatura estaba como modelo de la lengua ¿no? Es una aspiración que todos los que somos aficionados a la literatura tenemos, pero que no siempre comprenden las autoridades ministeriales...*

—Eso es lo que decía Dámaso, que es el que presidió una de las comisiones: «después de todo la literatura es como la flor de la lengua, es la lengua en su más exquisita realización». Se trata de llegar a la lengua a través de la literatura.

—*El caso francés parece ser modélico a este respecto ¿no es así?*

—En efecto. A Fernando Lázaro lo enviaron a Francia con Lapesa, porque este país ha pasado durante mucho tiempo por el que tenía mejor organizada la enseñanza de la lengua materna. Cualquiera francés medio, aunque sólo tenga el bachiller, escribe con soltura, corrección y claridad. En España esto, cada vez, va faltando más.



—*Esto me sugiere una pregunta. Los niños leen poco, cierto. ¿Cree Vd. que hay alguna literatura infantil verdaderamente buena?*

—Lo que sucede con la literatura es que no se suele enfocar desde el punto de vista de los niños, sino de los padres de los niños, de los adultos en definitiva. Por ejemplo, *Platero y yo*, que se cita como libro para niños, no es un libro para niños. Y así pasa con otras muchas lecturas. No vale decir: «que lean un capítulo del *Quijote* o que lean un capítulo del *Gulliver*. No, no, léaselo Vd. primero y vea si hay dificultades. Para eso, claro está, hay que ponerse en el «punto de vista» de los niños. Y eso no es fácil.

SOBRE LA BIBLIOTECA DE ALBERTO SÁNCHEZ, SUS «QUIJOTES» Y SUS GATOS

—*Por cierto, ¿cómo es la biblioteca de Alberto Sánchez?*

—Mi biblioteca es una cosa caótica. Aquí —señala una librería que hay detrás de nosotros— están los libros de más uso. Pero al lado está el cuarto de trabajo, que es donde están la mayoría de los libros. Muchos de ellos son regalos. Si quieren pasar...

El cuarto de trabajo de Alberto Sánchez es una pieza recogida. Una librería hasta el techo, detrás de la mesa castellana, atiborrada de volúmenes. Un armario, también con libros. Y libros apilados sobre la mesa. Una foto enorme, con un gato, sobre el armario. En otro cuadro, al óleo, más gatos estilizados.

—*¿Le gustan mucho los gatos D. Alberto?*

—Mucho. He tenido distintos: siameses, persas. Ahora tengo esta gata. Se llama «Miaulina», como la hija de Alfeñiquén del Algarbe.

(Alberto Sánchez se ríe. La influencia de Cervantes está presente hasta en su gata). En la pared, una figura de D. Quijote, hecha con hierro, junto a unas caricaturas de Alberto Sánchez. Esto nos lleva a interesarnos por las ediciones del Quijote que existen en su biblioteca.

—*Por cierto, ¿cuántos «Quijotes» hay en la casa?*

—¡Uf, una enormidad!

Y empieza a enseñarnos «Quijotes».

—Éste es uno de los más curiosos: en japonés. Está traducido por Yu-Aida, el primer cervantista japonés, fallecido en 1971. Me lo regaló su discípulo Nobuaki Ushijima, catedrático de español en la Universidad de Waseda en Tokio.



Y nos enseña otros en hebrero, en alemán —«hay trozos traducidos literalmente. Otros abreviados»— y en inglés, francés, italiano. Hasta uno en esperanto. Está preparando un facsímil de la edición de Londres, de 1735, auténtica joya bibliográfica —«No es mío, aclara, lo tengo en depósito»—. Un Quijote en miniatura en dos tomos, como cajas de cerillas. Otro enorme, ilustrado por Dall. La edición de Vicente Gaos, magníficamente ilustrada por Goñi.

—¿Y no tiene Vd. catalogados los «Quijotes»?

Alberto Sánchez nos mira con un punto de perplejidad. No da la impresión de ser muy aficionado a catalogar...

—Éste es un falso *Quijote* de Avellaneda, una edición americana, de 1982, muy interesante, sobre todo por las ilustraciones. Aquí —nos señala— está el falso *Quijote* en el manicomio, entre locos ilustres: Napoleón, Hitler, Nixon...

Se han ido amontonando «Quijotes» en la mesa. También una edición de las novelas ejemplares ilustrada por Hipólito Hidalgo de Caviedes con unas acuarelas soberbias...

EN QUE SE HABLA DEL ARTE DE DAR CONFERENCIAS, AMÉN DE OTROS DISCRETOS CONSEJOS

Hemos vuelto al cuarto del piano. «Miaulina» dormita.

—Otra cuestión que teníamos pendiente. El arte de dar conferencias: ¿cómo se las arregla uno para dar las conferencias como las da Alberto Sánchez?

—La conferencia está al alcance de todo el mundo. Se trata de preparar un tema y de elaborarlo bien. Y luego cuidar la exposición. No es un tratado científico. Es la exposición, lo más divulgadora posible, de una serie de conclusiones a las que se llega después del estudio de una faceta particular. Yo he dado muchas conferencias sobre el *Quijote*. Normalmente las unas vienen «pedidas» por las otras. «La historia y la poesía del *Quijote*» nos sugiere «Historia, mito y leyenda del *Quijote*». Ahora habría que hacer otra, «El *Quijote* como mito literario», etc., etc. Se van eslabonando.

—¿Vd. lee las conferencias?

—Mitad y mitad. Yo hago un guión bastante extenso. No me gusta improvisar: llevo fichas, para reproducir las citas exactamente. Manejo siempre fichas. Sólo llevo folios si es una comunicación, que tengo que entregar después.

—Y ya, D. Alberto, una última cuestión: ¿Qué consejos daría a una revista de enseñanzas medias que empieza?

—Todo comienzo de una revista es un punto de esperanza y hay que animarla siempre. Una revista hoy cuenta con una serie de dificultades que nacen de todas partes: de la impresión, de los colaboradores, etc. Pero en fin, el consejo de redacción, con optimismo, supera todas las pruebas. Una revista es la mejor prueba del entusiasmo individual, y hay que saberlo contagiar al equipo, a los cuatro o cinco señores que trabajan. El cerebro y el corazón de la revista es, siempre, el consejo de redacción, que es, en realidad, esas dos o tres personas que hacen posible la revista. Y que además se deben leer hasta el último artículo. No vale decir: «Bueno, esto es una reseña de una revista». No, no: conviene que, por el consejo de redacción, si están bien compenetrados, pasen todos los trabajos. Y esto porque no se trata sólo de unificar cri-

terios, sino de dar un decoro integral a la publicación. La última mano no se debe nunca dejar a la improvisación. D. Ramón Menéndez Pidal, que fundó en 1914 la *Revista de filología española*, se leía hasta la última reseña que publicaba. Y si estaba algo mal lo devolvía para que lo rehicieran.

—Una apostilla: Vd. no fuma ¿verdad?

—No, no soy fumador. Mi padre y mi hermano que eran muy fumadores, me daban. De pequeño empecé, pero lo dejé enseguida. Yo les digo a los amigos, en confianza, que no tengo «vicios secos». El tabaco no me ha atraído nunca.

Se hace tarde. Nos despedimos del cervantista —y cervantino— Alberto Sánchez. «Miaulina» nos lanza una última mirada indiferente.

